

## NOTAS CRÍTICAS

### Sobre héroes, dioses y palabras: el siglo de Frege.

JOSEP E. CORBÍ(\*)

En *La Búsqueda del Significado*<sup>1</sup>, el profesor Luis Manuel Valdés ha reunido 22 artículos que pueden considerarse como hitos fundamentales en la filosofía del lenguaje contemporánea. La selección viene acompañada de una presentación de los mismos y una introducción general que, en conjunto, trazan una lúcida topografía de los vericuetos de la reflexión filosófica sobre el lenguaje en los últimos cien años. Se trata de un libro que viene a llenar uno de los lamentables vacíos en el mundo académico de habla hispana. Profesores y estudiantes tienen a partir de ahora, reunidos en un solo volumen, los puntos de referencia básicos de la literatura actual al respecto.

#### La tradición fregeana.

De la misma manera que la filosofía moderna puede caracterizarse por el lugar central que en ella ocupa la teoría del conocimiento, la filosofía del siglo XX ha estado marcada por la posición primordial de la filosofía del lenguaje. Es ésta una afirmación que, sin duda, debe ser matizada: ciertos compromisos con particulares concepciones del lenguaje han estado en la base de las más venerables doctrinas filosóficas de nuestra tradición. La teoría platónica de las ideas está estrechamente vinculada a una concepción particular de las relaciones entre lenguaje y realidad. La teoría aristotélica de la sustancia es ininteligible sin la percepción de la distinta función de sujetos y predicados. Las teorías empiristas de los siglos XVII y XVIII sobre el origen de los conceptos dependen de una serie de supuestos sobre la manera en que la gramática de nuestros términos generales está determinada por las semejanzas en el mundo de la experiencia.

¿Qué es entonces lo característico de la reflexión filosófica sobre el lenguaje del último siglo? Para dar una respuesta, es imprescindible mencionar a Frege (1848-1925). De hecho, uno de sus artículos<sup>2</sup> abre la selección realizada por el profesor Valdés. En cierto sentido, el filósofo de Jena estaba mucho más cerca de los griegos y los grandes escolásticos que de la tradición idealista que se inicia con Descartes. Frege siempre consideró que la epistemología no podía ser la filosofía primera, que la reflexión filosófica sobre el lenguaje no podía estar mediatizada por ninguna disciplina filosófica más básica. La filosofía del lenguaje no podía estar fundamentada, por ejemplo, en ningún supuesto previo sobre los límites y el alcance del conocimiento humano.

<sup>1</sup> VALDÉS VILLANUEVA, L. M. (ed.): *La búsqueda del significado*, Madrid, Universidad de Murcia-Tecnos, 1991.

<sup>2</sup> "Sobre Sentido y Referencia", op.cit. pp. 24-45

(\*) Dirección para correspondencia: J.E. Corbí. Departament de Metafísica i Teoria del Coneixement. Universitat de València (España).

© Copyright 1993 Secretariado de Publicaciones e Intercambio Científico, Universidad de Murcia, Murcia (España). ISSN: 1130-0507.

Los elementos fundamentales de su reflexión deben considerarse como intentos de resolver el problema fundamental de la lógica: proporcionar una explicación del funcionamiento del lenguaje que incorporase un análisis coherente de la inferencia lógica. Es asombroso que las herramientas conceptuales que Frege creó o los problemas que él percibió como básicos sean nuestros problemas y nuestras herramientas. Pero es mucho más asombroso aún que lo sean a pesar de que la filosofía del lenguaje haya ido mucho más allá de los estrechos límites que Frege se autoimpuso.

La explicación de este fenómeno cultural nos da la clave para entender tanto los límites en los que Frege pretendió moverse como lo inestable de su posición. Es cierto que creía que la filosofía del lenguaje debía ser una disciplina "pura", es decir no contaminada por la arrogancia de la epistemología o por la mundana contingencia de la psicología. Una *posible* objeción a este tipo de análisis sería la de que, en tal caso, habríamos desplazado el objeto de nuestro análisis, la de que el objeto de estudio podría estar demasiado alejado del fenómeno del lenguaje, del lenguaje usado por seres mortales en contextos reales. Esta es, ciertamente, una de las conclusiones que pueden extraerse de algunas concepciones contemporáneas que encuentran eco en la recopilación del profesor Valdés. Pero lo realmente decisivo para entender lo que le ha sucedido a la filosofía del lenguaje en los últimos cien años es que, incluso aquellos que han alcanzado tal conclusión, deben reconocer que la han alcanzado desde dentro del modelo fregeano.

Lo que hizo Frege fue abstraer algunos rasgos cruciales del fenómeno mundano del lenguaje y tratar de elaborar una explicación de ciertos prerrequisitos de tales rasgos. Consideremos un ejemplo elemental: su distinción entre sentido y referencia. Si la comunicación ha de ser posible en absoluto, ha de haber una coincidencia entre hablante y oyente mayor que la mera coincidencia en el valor de verdad que cada uno de ellos atribuye a las palabras del otro. Si yo digo que Felipe González es el presidente del Gobierno lo que digo no es que el secretario general de PSOE es el presidente del gobierno, por más que, de hecho, Felipe González lo sea. ¿Quién podría dudar de que hay algo profundamente correcto en esta intuición fregeana? Pero Frege consideró que el análisis de los prerrequisitos que harían posibles algunos rasgos fundamentales del lenguaje podía llevarlo lejos del fenómeno empírico del lenguaje. Su estrategia fue la de aceptar como irrelevante el que en el proceso de explicación nos alejáramos más y más del funcionamiento psicológico del lenguaje ordinario. Consideraba éste como un mecanismo imperfecto de comunicación, que era un mecanismo tal precisamente en la medida en que ejemplificaba imperfectamente algunos de los requisitos formales consustanciales a la verdadera comunicación.

La filosofía del lenguaje del siglo XX es un diálogo con Frege en la medida en que esta esfera de autonomía metodológica no ha sido atacada directamente. Es cierto que algunas de sus manifestaciones son anti-fregeanas en sus conclusiones. Pero el argumento por el que tales conclusiones se sustentan se ha desarrollado mostrando que ciertas herramientas fregeanas no pueden cumplir el papel para el que fueron diseñadas. Gracias a Frege, el reencuentro con el fenómeno mundano del lenguaje ya no es un reencuentro ingenuo. Puede ser discutible qué rasgos del fenómeno ordinario del lenguaje son más básicos y cuáles son más irrelevantes. Lo que no es discutible es que Frege inventó un conjunto de herramientas que han permitido un progreso asombroso en nuestra comprensión de su funcionamiento.

En relación con esto, es importante salir al paso de un malentendido que es relativamente corriente en nuestro ambiente cultural. Como subraya el profesor Valdés en la introducción, la filosofía *del* lenguaje no es filosofía lingüística. La filosofía del lenguaje no necesita del supuesto (que, en todo caso, sería de difícil justificación) de que los problemas filosóficos son problemas

lingüísticos. De hecho, sería palmariamente injusto considerar que Frege era un filósofo lingüístico en ese sentido. Posiblemente, ni uno sólo de los autores de los que se han seleccionado artículos en esta recopilación admitiría tal caracterización. La filosofía del lenguaje es reflexión filosófica *sobre* el lenguaje. Y lo que la constituye como reflexión filosófica no es distinto a lo que haya de filosófico en la filosofía de la mente, de la matemática o del arte.

Por otra parte, es cierto que en la selección de estos materiales no se incluyen voces ajenas a la llamada "tradición analítica", pero sería palmariamente injusto contar tal hecho en el deber del recopilador. Independientemente de la valoración que nos merezcan las reflexiones sobre el lenguaje de autores como Heidegger, Sartre, Foucault, Derrida o Habermas, es indudable que formalmente no participan de los rasgos fundamentales de la tradición que puede considerarse fregeana: la percepción de cuáles son los problemas relevantes en nuestra comprensión del lenguaje, la aceptación de qué condiciones debe tratar de satisfacer una reflexión filosófica sobre el lenguaje, el acuerdo en el uso de ciertos instrumentos conceptuales... En cierto sentido la manera en que los autores mencionados se enfrentan al fenómeno del lenguaje es completamente ajeno al espíritu de tal tradición. Las conexiones con otros aspectos de su pensamiento son *demandado* obvias: los motivos por los que el lenguaje se convierte en centro de reflexión filosófica están internamente vinculados a otros problemas filosóficos de muy diversa índole. No hay, por supuesto, ningún tipo de valoración en lo que pretende que sea una mera constatación. Pero ello nos debería obligar a aceptar que no toda reflexión filosófica sobre el lenguaje pertenece a una misma tradición cultural.

De ningún modo quiere ello decir que las reflexiones sobre el lenguaje elaboradas en el seno de la tradición fregeana no tienen ninguna relevancia para problemas que serían reconocidos como de enorme importancia filosófica fuera de tal tradición. Es de suponer que nadie puede poner en duda que problemas como el del *status* de los datos sensoriales, el de la relación mente-cuerpo, el del relativismo conceptual, o el de la realidad del pasado son problemas filosóficos perennes de la tradición occidental. Es un hecho que ciertas reflexiones filosóficas sobre el lenguaje proporcionan herramientas claves para la discusión de tales problemas. Pero en todo caso, se trata de un valor añadido. Las reflexiones de Russell sobre los genuinos nombres propios, de Kripke sobre los denotadores rígidos, de Davidson sobre la traducción radical o de Dummett sobre el significado no precisan de tal plusvalía para entender que pretenden resolver problemas fundamentales en nuestra comprensión de los hechos básicos que hacen posible el funcionamiento del lenguaje.

### La pequeña diferencia.

Si quisiéramos buscar algún principio de clasificación de las posiciones defendidas por los autores seleccionados es probable que tuviéramos que aceptar la que se nos propone en uno de los artículos: si hay algo que ha separado en dos bandos a los herederos de Frege es su posición respecto al papel de la intención-de-comunicación en un análisis satisfactorio del significado. Es la "pugna homérica", que menciona Strawson<sup>3</sup>, entre los que defienden que ciertas intenciones están constitutivamente vinculadas al significado y los que mantienen que le son completamente accidentales. Strawson no duda en colocar a Austin y Grice en el primero de los partidos y al propio Frege en el segundo. Nosotros no deberíamos dudar en ampliar la lista de los primeros

<sup>3</sup> "Significado y Verdad", op.cit., pp. 335-353

con nombres como el del mismo Strawson, Searle, Wilson y Sperber. Ni en adjudicar a Tarski o Davidson un lugar relevante entre los segundos. En principio, los términos en los que se plantea la disputa pueden servir de ejemplo de algo que se ha mencionado en las páginas anteriores: lo que hace que autores tan dispares participen de la misma herencia es su acuerdo en cuál es un problema fundamental para una elucidación correcta del significado. En este caso, se trata de decidir si la noción de significado puede, o no puede, ser analizada sin referencia a la de intención de comunicación. Frege hubiera dicho, obviamente, que sí. Alguien como Grice o el segundo Wittgenstein, que no. Los que se alinearían con Frege, a este respecto, tienden a considerar que la noción de significado mantiene vínculos privilegiados con la de verdad. Sus adversarios debilitarían la fuerza de tales vínculos: el uso descriptivo del lenguaje sólo es posible como un uso más; las reglas que determinan las condiciones de verdad de nuestras oraciones no estarían determinadas si el lenguaje no fuera usado con otros propósitos -decir la verdad debe tener alguna finalidad. Estos últimos tienden a insistir en que toda elucidación del lenguaje debe retrotraerse a ciertas condiciones pre-lingüísticas que hacen posible el surgimiento del significado. Sus adversarios insisten en que, en todo caso, tales pre-condiciones serían empíricas; estarían sólo contingentemente vinculadas al surgimiento del significado. Sus oponentes responderían que el vínculo no puede ser empírico sino constitutivo, que la cuestión no es meramente genética. Que las condiciones prelingüísticas de las que hablan están indisolublemente unidas a la persistencia del significado. Que, por ejemplo, nuestras oraciones mantienen el significado que tienen sólo porque el lenguaje es usado en ciertos contextos y con ciertas finalidades...

Estos son los términos de la polémica crucial que divide a la filosofía del lenguaje contemporánea. O, al menos, esos eran los términos hace treinta años. De hecho, en los últimos tiempos los límites entre los dos bandos se han vuelto mucho más intrincados. En primer lugar, es preciso considerar que, en torno a esta polémica crucial, se han generado una serie de problemas periféricos que adquieren un valor autónomo e independiente de la polémica misma. Considerar que uno de tales problemas es crucial puede ser habitual en uno de los bandos de esta disputa sin que ello quiera decir que exista necesariamente un vínculo intrínseco entre el problema y una determinada posición en la polémica que nos ocupa. Un ejemplo típico, a este respecto, lo constituyen las teorías de la referencia. Por ejemplo, la teoría de la referencia directa de Kripke es aparentemente anti-fregeana respecto al problema particular de la relación entre sentido y referencia. Pero puede sugerirnos también otra lectura: libera al modelo fregeano de toda posible contaminación psicológica y epistemológica, en la medida en que el mecanismo fijador de la referencia se sitúa más allá de lo que es accesible a la mente de los hablantes. Por supuesto, esta situación también plantea sus propios problemas, pero deja abiertas distintas alternativas que ocuparían posiciones diferentes en la disputa general.

Es importante que mencionemos un rasgo de la concepción fregeana del lenguaje que puede iluminar tanto la persistencia de esta pugna homérica como algo que se ha consolidado definitivamente en los últimos años: el vínculo entre la filosofía del lenguaje y la de la mente. Frege eliminó cualquier connotación psicologista de las nociones de *Sinn* (Sentido) y *Gedanke* (Pensamiento). El sentido fijaba la referencia no *qua* mecanismo psicológico sino *qua* función lógica. Pero es difícil sostener que esa posición está libre de tensiones: ambas nociones tienen necesariamente una dimensión tanto psicológica como epistemológica. Dos oraciones tienen el mismo sentido si y sólo si ningún hablante competente puede creer en la verdad de una de ellas sin creer en la verdad de otra. Esta es una consecuencia trivial del hecho de que el "contenido" informativo de cualquier uso del lenguaje debe estar conectado con ciertas actitudes proposicio-

nales de los hablantes. Lo que una proposición dice es lo que uno cree cuando cree que es verdadera. Por otra parte, nos entendemos al hablar sólo en la medida en que asociamos los mismos sentidos a nuestras expresiones. Por mucho que Frege estuviera comprometido con el supuesto de que la captación del sentido no coincide con ningún estado de cosas en la mente de los hablantes, la apelación al sentido cumple la función de explicar tanto nuestra coincidencia a la hora de decidir que ciertas oraciones son verdaderas en ciertos momentos como la capacidad de utilizar el lenguaje para transmitirnos información. Captar el sentido es captar una función que determina el contenido informativo de nuestras expresiones. Y nuestra captación del sentido ha de ser explicativa de nuestra conducta. Si consideramos que la función está establecida con completa independencia de nuestra mente, es difícil entender que pueda cumplir este doble papel.

De hecho, si Frege ha sido derrotado lo ha sido en su pretensión de que el mecanismo que fija la referencia y el que explica la conducta lingüística de los hablantes puede ser uno y el mismo. Una característica de la filosofía de la mente y el lenguaje de los últimos años es el reconocimiento de que los vínculos entre el contenido de nuestras actitudes proposicionales, el contenido de nuestras emisiones y la explicación de nuestra conducta son mucho más complejos de lo que Frege pudo imaginar. En principio, ello no da la razón a ninguno de los dos bandos de nuestra "pugna homérica". Pero a medida que percibimos cómo aumenta la complejidad de esos vínculos, la balanza parece inclinarse definitivamente a favor de que fundamentan la noción de significado en ciertas actitudes proposicionales. Parte de la complejidad viene dada por el reconocimiento del papel de los factores externos tanto a la hora de fijar el contenido de nuestra mente como a la hora de fijar el sentido de nuestras expresiones. Pero, entonces parece obvio que ciertos mecanismos psicológicos por los que el hablante determina su relación con tales patrones externos están intrínsecamente vinculados al sentido de sus expresiones. No se trata sólo de que la intención-de-comunicación está constitutivamente vinculada al significado o a la misma convención lingüística: se trata, además, de que los patrones que fijan el sentido de mis expresiones sólo podrían estar determinados por mi relación real con determinados contextos naturales o sociales.

## Referencia.

Los dos primeros capítulos del libro recopilan materiales sobre el problema de la referencia. Son seis artículos encabezados por "Sentido y Referencia" de Frege. Tres problemas fundamentales se entrecruzan: (a) el de la relación entre nombrar y describir, (b) el del papel del hablante en la fijación de la referencia -en tanto que opuesto al papel del significado convencional de los términos que usa- y (c) el del carácter directo o indirecto de la referencia. Hasta los años setenta, la solución al problema (a) parecía imponer una solución al problema (c). Sucede así en el caso de Frege. Para Frege la referencia de un nombre propio estaba determinado por el sentido que el hablante adjudicaba a tal nombre que, a su vez, debía estar respaldado por un conjunto de descripciones. Llevado básicamente por presiones derivadas de sus compromisos epistemológicos, Russell<sup>4</sup> defendió que la genuina relación nominativa no estaba mediada por sentido alguno. La polémica cambió bruscamente de aspecto con la irrupción de Strawson<sup>5</sup>. Criticó, por supuesto, la pura relación nominativa tal y como había sido defendida por Russell

<sup>4</sup> "Descripciones", op. cit. 46-56

<sup>5</sup> "Sobre el Referir", op. cit., pp. 57-82

pero atacó la idea de que la referencia pudiera estar fijada por el mero sentido convencional de nuestras expresiones: es el hablante el que se refiere a un objeto haciendo determinado uso de ciertos términos con un significado convencional. Cierra el primer capítulo un célebre artículo de Searle<sup>6</sup> en el que defiende la tesis neo-fregeana de que el mecanismo que fija la referencia de un nombre no es el sentido asociado a un conjunto bien definido de descripciones, sino un haz de contorno impreciso.

La gran revolución en teoría de la referencia la produjeron a comienzos de los años setenta los teóricos que, como Kripke<sup>7</sup>, atacaron frontalmente el modelo fregeano. Su intuición fundamental era la de que Frege había pasado por alto diferencias lógicas fundamentales entre el nombrar y el describir. Para Kripke un nombre genuino ha de ser considerado un designador rígido: un mecanismo que selecciona al mismo individuo particular en cualquier mundo posible, es decir, independientemente de que sean o no verdaderas del individuo en cuestión las descripciones que asociamos normalmente a ese nombre. Aristóteles podría no haberse dedicado a la filosofía y, a pesar de ello, el nombre "Aristóteles" no perdería su referencia, por más que fueran falsas las descripciones más habituales de Aristóteles. Es importante advertir que lo que plantea Kripke no es sólo la distinción fundamental entre el nombrar y el describir: abre la puerta, al menos en relación con el nombrar, a la idea de que ciertos mecanismos consustanciales al significado son externos a las capacidades epistémicas del hablante. Por ejemplo, cadenas causales de las que el hablante puede ser completamente ignorante. La ruptura fundamental con Frege trasciende, pues, los límites de la teoría de la referencia. En ese sentido hay que interpretar las tesis de Putnam<sup>8</sup>: no sólo los nombres propios, también los nombres de clases naturales son intratables con la noción fregeana de sentido. El significado de un término como "agua" no es independiente de la composición química del líquido. Y, por supuesto, tal composición puede ser completamente desconocida para el hablante. Volveremos más adelante con el problema fundamental que ésta situación plantea: ¿cómo es posible que el hablante pueda fijar por su conducta su compromiso con cierto significado si es ignorante de elementos cruciales de éste?

### **Verdad, verificación y significado.**

Frege supuso que hay una conexión privilegiada entre sentido y verdad. De hecho, asimiló el primero a las condiciones de verdad. Asumió que la multiplicidad de usos del lenguaje era posible porque, en último término, el lenguaje se conecta con la realidad de un único modo: la afirmación de que  $p$  es la afirmación de que se dan las condiciones de verdad de  $p$ , la orden de que  $p$  es la exigencia de que se satisfagan las condiciones de verdad de  $p$ . Es indiscutible que hay una relación interna entre la orden de que  $p$ , el deseo de que  $p$ , la afirmación de que  $p$  y la intención de que  $p$ , pero sí es discutible el movimiento adicional de Frege al suponer que la diversidad de usos no descriptivos de una expresión es algo accesorio para la determinación de su sentido. Por supuesto, los filósofos que critican ese supuesto fregeano (como Austin, Grice o Wittgenstein) necesitan una explicación coherente de los rasgos formales de la noción de verdad que pudieran justificar esas relaciones internas, sin necesidad de elevar la verdad al pedestal en el que Frege la situó. Este comentarista sienten una profunda simpatía por tal tipo de críticas al

<sup>6</sup> "Nombres Propios y Descripciones", op.cit. pp. 83-93

<sup>7</sup> "Identidad y Necesidad", op. cit., pp. 98-130

<sup>8</sup> "El Significado de 'Significado'", op. cit., pp. 131-193

modelo fregeano, pero es de justicia reconocer que todavía no entendemos la gramática profunda de la noción de verdad.

En el tercer capítulo del libro se incluye un artículo de Hempel<sup>9</sup> y dos de Quine<sup>10</sup>. El positivismo lógico incorporó las técnicas y el equipamiento conceptual fregeano a los supuestos epistemológicos del empirismo clásico. Un resultado de esa asimilación es la transformación de las condiciones de verdad fregeanas en condiciones de verificación. El artículo de Hempel pertenece al momento en que se está extendiendo entre los mismos neo-positivistas la conciencia de los límites del principio de verificación. El heredero natural del neopositivismo es Quine. Naturalizó los supuestos epistemológicos del empirismo, criticó la distinción entre verdad analítica y verdad sintética y aceptó que el contacto del lenguaje con la realidad no se hace en una forma atomista sino holista. Es imposible exagerar la importancia cultural de la obra de Quine: él dio forma definitiva al naturalismo dominante tanto en filosofía de la mente como en filosofía del lenguaje. El fundamento último de tal naturalismo lo constituye, sin duda, su conocida tesis de la indeterminación del significado. Como es bien sabido, para Quine la traducción radical entraña que toda teoría sobre el significado estará infradeterminada por los hechos: teorías alternativas podrán ajustarse a los hechos de un modo igualmente correcto. Esta infradeterminación de las teorías crea la indeterminación del significado: no hay hechos que determinen cuál es el verdadero significado por oposición a otros muchos candidatos incompatibles. Sin embargo es difícil creer que la posición de Quine a este respecto sea completamente coherente. De hecho, debe establecer algunos hechos como terreno común a todas las supuestas esquemas alternativos de traducción. Acepta explícitamente que ciertas oraciones observacionales tienen un significado estimulativo determinado. No parece reconocer que haya ningún problema en nuestro acceso, por ejemplo, al asentimiento y disentimiento de los hablantes. ¿Por qué suponer que tal acceso no puede ser problemático? La respuesta que daría Quine es obvia: ése es el punto de partida necesario para que la noción misma de "traducción" resulte inteligible. Pero, entonces, ¿por qué restringirnos a un punto de partida tan precario? Sólo dudosos supuestos epistemológicos podrían justificar esa decisión.

Una de los intentos más consistentes de aprovechamiento sistemático de las categorías fregeanas podemos encontrarlo en la obra de M. Dummett, del que se recoge un artículo en el cuarto capítulo<sup>11</sup>. Dummett ha defendido durante décadas la idea de que una teoría del significado debe basarse en una noción de verdad que no trascienda las capacidades efectivas de reconocimiento por parte de los hablantes. Se trata, pues, de una justificación del verificacionismo que no surge de supuestos epistemológicos empiristas, sino, más bien de lo que a primera vista parece un criterio de adecuación de cualquier teoría del significado: la comprensión del significado sólo puede justificar nuestras atribuciones de comprensión en la medida en que sea manifiesto y sólo puede ser manifiesto en la medida en que el hablante pudiera reconocer cuándo son verdaderas ciertas oraciones. Como en el caso de Quine, es importante advertir que la posición de Dummett no es independiente de ciertos presupuestos epistemológicos que, por más que no sean una forma tradicional de empirismo, sí restringen de un modo injustificado lo que nos es epistémicamente accesible. Su idea de que pudiera existir un abismo entre las evidencias sobre las que se justifica el uso de una oración y el contenido de la misma sólo es inteligible desde el supuesto de que hay una descripción neutra de las evidencias que no involucra ninguna relación

<sup>9</sup> "Problemas y Cambios en el Criterio Empirista de Significado", op.cit., pp. 199-219

<sup>10</sup> "Dos dogmas del Empirismo", op. cit., pp. 220-243 y "Significado y Traducción", op. cit., pp. 244-269

<sup>11</sup> "¿Qué es una Teoría del Significado?", op. cit., pp. 370-409

constitutiva con el contenido de las oraciones para las que son evidencias. Es este un caso paradigmático en el que una teoría del lenguaje depende crucialmente de supuestos filosóficos que no son estrictamente semánticos. Es desde el trasfondo de esa concepción verificacionista del significado desde el que hay que entender la defensa que hace Dummett de lo que él considera una teoría "robusta" y no holista: una teoría que no se limite a especificar qué comprendemos al comprender algo (dependiendo de la especificación de otro significado, de un modo tal que los distintos significados se sostienen mutuamente), sino que explique en qué consiste el comprender algo. El tipo de teoría que tiene en mente Dummett, como teoría "no vigorosa" es la de Davidson. Además del trabajo de Dummett, se incluyen en el capítulo IV un artículo de Tarski<sup>12</sup> y dos del propio Davidson<sup>13</sup>. Tarski pretendió proporcionar una definición materialmente adecuada y formalmente correcta del concepto de verdad usando como primitiva la noción de satisfacción. Davidson ha defendido la utilidad de la intuición de Tarski a la hora de elaborar una teoría sistemática del lenguaje que pueda dar cuenta de uno de sus rasgos fundamentales: la composicionalidad, el hecho de que con un bagaje finito de símbolos somos capaces de producir un número infinito de significados. No obstante, el aspecto más controvertido de la concepción davidsoniana del lenguaje radica en su intento de proporcionar las bases de una teoría del significado que satisfaga las restricciones empíricas con que nos encontramos a la hora de atribuir significados en el mundo real. La idea fundamental de Davidson es la de que tal cosa ha de ser posible sin utilizar como evidencia datos que no sean tratables extensionalmente. Por ejemplo, se nos prohíbe que utilicemos como evidencia lo que los hablantes intentan, creen o desean... La herencia quineana es obvia. La razón de Davidson para esta restricción es la de evitar "introducir en los fundamentos de la teoría conceptos vinculados demasiado estrechamente a la noción de significado"<sup>14</sup>. Pero quizás no sea posible evitar tal cosa. Suponer que ha de serlo es suponer que conceptos tan básicos como intención o creencia han de tener un análisis que no presuponga nociones intencionales. De nuevo, tal supuesto no puede fundamentarse sin fundamentar independientemente el reduccionismo que lo sustentaría.

### Significado, Intención y Acción.

Para los capítulos V y VI se han seleccionado un artículo de Austin<sup>15</sup>, dos de Searle<sup>16</sup> y otros dos de Grice<sup>17</sup>. En conjunto, son exponentes de la concepción del lenguaje opuesta a la idea fregeana de que el sentido es reducible a la noción de "condiciones de verdad". Austin expuso magistralmente las confusiones subyacentes a la interpretación clásica de la dicotomía entre *decir* y *hacer*. Decir es un caso particular de hacer. Con ello, obviamente, pierden toda verosimilitud los intentos de asimilar cualquier uso significativo del lenguaje a usos descriptivos. Searle pretende sistematizar y taxonomizar los distintos tipos de actos de habla. El proyecto griceano, por otra parte, fue el de derivar la noción de significado convencional de una emisión de la noción de significado del hablante - ciertas intenciones con las que los hablantes usan una emisión. Tal

<sup>12</sup> "La Concepción Semántica de la Verdad y los Fundamentos de la Semántica", op. cit., pp. 275-313.

<sup>13</sup> "Verdad y Significado", op. cit., pp. 314-334 e "Interpretación Radical", op.cit., pp. 354-369

<sup>14</sup> *Inquiries into Truth and Interpretation*, Oxford, Clarendon Press, 1984, p. xiii

<sup>15</sup> "Emisiones Realizativas", op. cit., pp. 415- 430

<sup>16</sup> "¿Qué es un acto de habla?", op. cit., pp. 431-448 y "Una taxonomía de los actos ilocucionarios", op. cit., pp. 449-475

<sup>17</sup> "Las Intenciones y el Significado del Hablante", op. cit., 481-510 y "Lógica y Conversación", op. cit. pp. 510-529.

proyecto requiere que sea posible captar intenciones de un modo prelingüístico -lo que no parece difícil de aceptar por mucho que haya sido discutido- y que con esos materiales pueda elaborarse una noción reconocible de "convención". Durante muchos años, las ideas de Grice provocaron una gran cantidad de artículos en los que, o bien se mostraba con un contraejemplo la inadecuación de un análisis *à la* Grice, o bien se re-elaboraba un análisis anterior para dar cuenta del contraejemplo. Aceptemos como moraleja de esas controversias que la validez definitiva de las ideas de Grice será seguramente independiente de la articulación detallada de los análisis que en ella se fundamentan. La idea de que tenemos convenciones porque somos capaces de reconocer mutuamente nuestras intenciones parece demasiado sólida como para rechazarla fácilmente. Y es evidente que si la intuición básica de Grice es correcta, nos muestra los límites de toda teoría del significado. La posibilidad de que capturemos significado en la conducta lingüística de los demás depende de que podamos captar intenciones en su conducta. Por supuesto, la atribución de contenido pre-lingüístico debe ser muy diferente en refinamiento a la atribución de contenido en el caso del significado lingüístico. Un perro no puede desear que le compremos helado en la mejor heladería de la ciudad. Es posible que esta sea la clave del fenómeno que, desde presupuestos epistemológicos completamente distintos, se ha caracterizado como "indeterminación del significado".

### Más allá

De acuerdo con esta panorámica, es de suponer que las simpatías de este comentarista no han de ser una sorpresa. Quizá debiéramos aceptar sin reticencia la posición de Strawson que mencionábamos en las páginas anteriores: no es posible una elucidación de los mecanismos que fijan el significado que haga abstracción completa de ciertas actitudes proposicionales de los hablantes, de algún tipo de intención griceana. Pero es preciso reconocer que hay numerosos problemas para una posición semejante. En primer lugar, necesitamos de una explicación satisfactoria de los especiales vínculos entre significado y verdad. No parece posible un lenguaje sin descripciones del mundo y sí parece posible un lenguaje sin insultos. En segundo lugar, necesitamos reconocer la complejidad de los vínculos entre el contenido de nuestras actitudes proposicionales y el significado de nuestras palabras. Mejor, necesitamos reconocer la compleja morfología de los mecanismos que fijan contenido y significado. Como se mencionaba anteriormente, el externalismo dominante en filosofía de la mente podría ser considerado como un triunfo para los teóricos de la intención-de-comunicación. Pero no sería tal cosa si no explicáramos cómo podrían estar fijados de un modo coherente los contenidos de nuestra mente y los de nuestras palabras cuando en su determinación intervienen factores tales que el hablante podría desconocerlos por completo, o no verse causalmente afectado por ellos.

Después de estos comentarios, resultará obvia la plena coincidencia con los criterios que han guiado la selección de materiales que ha realizado el profesor Valdés. Ojalá este trabajo encuentre en la comunidad académica el eco que merece, y ojalá no sea éste el último de los proyectos de este tipo que se llevan a cabo en nuestro país.

(Marzo de 1993)